

APOLOGÍA DE LA MARIPOSA

Yo, doña Mariposa de Alas, protesto. Hombres necios y mujeres marisabidillas sin razón alguna me tildan de veleta y me acusan sin rubor ni piedad de haberme convertido iyo precisamente! en el símbolo de la inconstancia. “Nunca está fija, nunca es previsible, nunca se mueve con rumbo disciplinado mediante un plan de vuelo conocido...”. La mariposa - censuran los tales Catones - revolotea de la flor hasta la coliflor, pósase ahora aquí y luego allá y, si no canta como la cigarra vaga del cuento, tiene como las *bailaoras* de flamenco topos y volantes de mil colores chillones. Doña Mariposa, tan perezosa, tiene siempre ganas de hacer aquello que le viene en gana. ¡Viva la Mari... morena! ¡Cómo andaría el mundo si todos, incluidos los borricos y las procesionarias, fuésemos tan inconstantes como doña Mariposa! El estudiante de tercero o cuarto de química “mariposearía” sobre las lecciones de primero de arquitectura sin ser capaz él mismo de construir casa o choza alguna ni tampoco de fabricar la pólvora o la dinamita que tirase abajo enteramente un hotelito ilegal en la costa. Los cocineros, como en la famosa cena del *Satiricón*, pondrían en la mesa una docena de peces de río con aspecto de cerdo y sabor de hortaliza. Todo el mundo estaría revuelto con ambos pies o el mismo trasero sobre la cabeza contorsionada y los príncipes mendigarían un cargo en el palacio mientras los ujieres mandarían imprimir los decretos y las pragmáticas en las servilletas. Los mismos mosquitos trompeteros y las vulgares moscas de vinagre se harían llamar “mariposas de luto”. Eso es lo que sucedería si los hombres tomasen como modelo de conducta a doña Mariposa. No, cien veces, no. Cada cual a lo suyo: orden, perseverancia, firmeza... y constancia en la mudanza.

Todas estas son las acusaciones infames que sufro cada día en silencio y los cargos injuriosos que pesan sobre mí con un dolor mil veces más punzante que el alfiler de un entomólogo sádico ensartando mis carnes sobre la candidez de una blanca página. ¿No he de defenderme yo acaso con todas las armas puestas a mi alcance? ¿He de callarme quizás oculta en mi vergüenza igual que un camaleón en el

follaje, como una melindrosa mariposa travestida dando así una plena satisfacción a mis estúpidos detractores? No haré tal.

En primer lugar fácil es hacer ver a quienes el odio no ciega que sólo la fealdad unida a la envidia se puede lamentar con razón de que alguien exhiba la belleza en vez de guardarla en el fondo de un armario, en la caja oscura de un desván del museo. ¿Se me reprochará las vistosas alas de mil colores que paseo orgullosa entre las flores como si yo misma fuera también una flor móvil cubierta de pétalos sobrevolando la flora? Pues si así es, censuren igualmente los mezquinos con la misma acritud a todos los políticos que ponen en danza o contradanza los hermosos cuadros de las pinacotecas volando de exposición en exposición, desde Madrid a Estambul y desde Marsella a Nueva York, todo a la mayor honra y gloria de los comisarios y de las instituciones que tan desinteresadamente representan ... ¿Cómo desapruaban tan cínicamente mis discretos desfiles en las verdes pasarelas de los jardines y los parques mientras alaban sin medida alguna y alientan imprimir en hojas volanderas su desvarío sin alas al hacer trashumantes los Cristos y las Vírgenes con niño montados a la fuerza en carromatos de gitanos y azacaneados de un rincón al otro del planeta en el vagón de cualquier jaula asegurada?

No, señores críticos: yo doy júbilo y alegría al paseante en el prado como si éste viera llover billetes multicolores caídos del mismísimo cielo al romper Zeus, el gran Zeus, su hucha en una ruidosa tormenta de verano.

Pablo Galindo Arlés, 18 de febrero de 2015